

Mirella ROMERO RECIO, *Pompeya. Vida, muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010, 455 pp. + 32 fotos [ISBN: 978-84-9734-964-2]

No resulta fácil muchas veces combinar, en una obra orientada principalmente a la divulgación, un estudio histórico serio por una parte y que sea accesible a todos los públicos por el otro, y que el resultado sea además un sólido trabajo científico riguroso y bien documentado. Esto es lo que nos ofrece la reciente publicación de Mirella Romero Recio, un libro en el que se nos propone un recorrido por la historia, pasada y presente, de Pompeya, y que por su ambición totalizadora se erige en la obra de síntesis más completa que se ha hecho hasta la fecha. El libro, por otra parte, y como explica la autora en el inicio, es también en parte el fruto de dos proyectos de investigación que ha dirigido y con los que se ha ocupado de estudiar el impacto que tuvieron los descubrimientos de Herculano y Pompeya en España (p. 12). Es en este punto, en efecto, donde se nos aparecen las principales aportaciones a la investigación histórica en este trabajo.

La obra se divide en dos bloques, “Pompeya en la Antigüedad” y “Pompeya para la posteridad”, y se divide en siete capítulos. El primer bloque está compuesto por los tres primeros capítulos, en los que se hace una breve introducción a la historia de Pompeya (en el primero), una especie de “antropología de la vida cotidiana” en el segundo, y en el tercero se relatan los últimos momentos de la ciudad entre el terremoto del 62 y la erupción del Vesubio del 79. Estos dos últimos puntos son contados desde una perspectiva muy vívida, con la que se pretende introducir al lector en la vida diaria de la ciudad a través de todos sus aspectos (la política, el ocio, la vivienda, etc.) y asimismo en cómo se vivió la última década y los últimos momentos de la ciudad. Se van conjugando para ello, de forma amena, los ricos y abundantes datos materiales y el escenario privilegiado que aporta Pompeya con los diversos testimonios de las fuentes escritas, para intentar hacer comprender al lector moderno cómo se desenvolvería la vida en las ciudades antiguas. Así, explicando por ejemplo el tema de los sueldos de las prostitutas pompeyanas que conocemos por los grafitos pompeyanos, nos dice: “una familia necesitaría unos seis sestercios al día para mantenerse, y una felación apenas daba para comprar un pan, una col o tomarse un vino” (p. 83); es una frase que da buena cuenta de la inmersión que nos propone la autora en la vida cotidiana de la Pompeya antigua.

El segundo bloque es quizás el más novedoso desde el punto de vista divulgativo, porque ha sido el más “desplazado” de la historia de Pompeya (también, naturalmente, porque el interés y la investigación por estos temas se ha desarrollado más recientemente) y en consecuencia es el más desconocido. En él se analizan todos los aspectos de la Pompeya moderna, desde la historia de su descubrimiento hasta cómo suscitó el interés de los europeos, convirtiéndose en motivo y modelo de diversas obras y tendencias artísticas. Este bloque es también, sin duda, el que una mayor profundización y una mayor elaboración presenta, por cuanto refleja en mayor grado las propias investigaciones de la historiadora. Se empieza así, en el capí-

tulo IV, con una historia del descubrimiento y la posterior evolución científica de las excavaciones en Herculano y Pompeya, desde el s. XVIII hasta la actualidad, y después se da paso al análisis de los relatos de los viajeros (cap. V) y de las novelas, las pinturas y la creación de estilos arquitectónicos y decorativos de inspiración pompeyana, y finalmente su llegada a las representaciones teatrales, operísticas y al cine (cap. VI). Se nos muestra detalladamente, en definitiva, cómo el conocimiento de Pompeya se fue difundiendo por toda Europa y a través de distintos canales. Por otro lado, cabe destacar en este bloque, quizás como el punto más enriquecedor para la historia moderna de Pompeya y Herculano (y por constituir justamente el resultado derivado de la investigación de la autora) el estudio de la recepción en España de los descubrimientos, a través de los viajeros españoles que dejaron sus testimonios bien en libros, en revistas o bien en diversas obras de arte. Estos testimonios aparecen por primera vez sistematizados en esta obra, que continúa, con nuevas e interesantes aportaciones, un campo de estudios ya iniciado en España por autores como Ricardo Olmos en el terreno de la novela de inspiración pompeyana.

Esta segunda parte de la obra es también, en nuestra opinión, la más interesante en tanto en cuanto permite plantear también el problema de los filtros a través de los cuales el pasado ha llegado hasta nosotros: la reconstrucción del novelista, la idealización del pintor, la emoción del viajero (y asimismo el trabajo del arqueólogo), visiones todas ellas que nos están mostrando continuamente la pesada carga de prejuicios estéticos, morales e ideológicos que atravesaron sus interpretaciones, y que continúan en muchas ocasiones resonando, como un eco lejano pero poderoso, en la percepción que tenemos en la actualidad. No hay duda, en este sentido, de que el terreno que se analiza es perfecto para desarrollar lo que podríamos denominar una “antropología de las emociones” histórica y socialmente condicionadas, o para hallar una “estructura de las sensaciones y/o de las idealizaciones” de los que visitaron Pompeya. Así, lo que se aparece muchas veces como una especie de “patetismo contemplativo” fruto del dejarse arrastrar por la idealización de las ruinas del pasado, no es más muchas veces que la reproducción de esquemas según unos patrones culturales preestablecidos (a menudo conscientemente buscados y repetidos). Estas emociones, como va observando la autora a lo largo de la segunda parte del libro, no son libres y espontáneas sino todo lo contrario, ya que tienen sus límites en los prejuicios de la época: la idea de una Pompeya como hermana pequeña de Grecia, de una Pompeya que representa la lujuria y la perversión del mundo pagano frente a la virtud cristiana, y que por ello tendrá su justo castigo con la erupción del volcán, la concepción de una Pompeya que permite transportar al viajero al pasado... Estas son algunas ideas que retornarán, insistentemente, en todos los visitantes de Pompeya, y que nos dan la pauta de los esquemas culturales y/o sentimentales que condicionaron esos primeros acercamientos a Pompeya. La ciudad del Vesubio se convirtió, en consecuencia, en una necesidad, en una especie de “droga” para ese “romanticismo clasicista” que se fue difundiendo por Europa y que anhelaba “elevarse” al pasado idealizado grecorromano.

Asimismo, también en este libro se observan meridianamente los finos lazos, la estrecha relación dialéctica, que existe entre la historia “vívida” y la historia “re-

construida”: ambas se alimentan mutuamente, hasta el punto de que en muchas ocasiones sus límites se difuminan. Pompeya, pues, no es sólo Pompeya, como vamos observando a lo largo de la obra: son todos y cada uno de los viajeros que la han descrito, todos y cada uno de los escritores y artistas que han dado vida a sus calles, todas las percepciones e interpretaciones que, al fin y al cabo, la ciudad ha sido capaz de suscitar. “Hay muchas Pompeyas: la del historiador, la del arqueólogo (...) la del escritor, la del artista, la del político, la del director de cine...” (p. 15). Y uno de los valores de este libro reside, justamente, en el reconocimiento de que todas estas Pompeyas, la creación de tantas Pompeyas, constituye también un episodio importante de la historia, y máxime cuando muchas de las interpretaciones que hicieron todos esos primeros divulgadores terminaron configurado a menudo los anteojos conceptuales con los que la posteridad ha conocido, en numerosas ocasiones, a la ciudad. Porque “a estas Pompeyas podemos añadir la del que nunca ha visitado el yacimiento, pero ha accedido a la visión de la ciudad que tiene el escritor, el artista, el político...” (p. 15).

Por otra parte, uno de los grandes méritos de esta obra es que consigue trasladar al gran público el conocimiento de la Pompeya antigua y su redescubrimiento, y en este sentido responde muy bien a una de las carencias que la autora observa en la ciencia actual: “Los historiadores tenemos serias dificultades para hacer llegar a la sociedad los resultados de nuestras investigaciones. Los estudios, casi siempre prolijos y muy especializados, son leídos únicamente por aquellos que se dedican a trabajar sobre los mismos temas” (p. 329). La presente obra, con una edición orientada al gran público, permite suplir sin duda problemas de este tipo, y además lo hace con un gran trabajo de síntesis, bien documentado y novedoso en algunas de sus partes, como ya hemos comentado. Se trata, pues, de un estudio globalizador y ameno de lo que fue Pompeya en el pasado, de lo que sus hallazgos nos han permitido conocer sobre el mundo romano, y de los sentimientos que suscitó a los artistas y viajeros su descubrimiento.

Finalmente, se echa en falta quizás la reproducción, entre las láminas de fotos, de más cuadros y/o grabados modernos (sólo aparecen tres), que habrían podido contribuir a dar una mejor idea y a enriquecer visualmente los tonos de esa Pompeya redescubierta y reinterpretada, puesto que, como hemos dicho, éste nos parece uno de los puntos fuertes y más interesantes de este libro. Con todo, bien es ésta una tarea que se puede dejar para al lector interesado en profundizar en la Pompeya moderna ya que, entre otras cosas, esta obra invita sin duda a adentrarse en todo el universo de la Pompeya desenterrada, a intentar “probar” o participar, leyendo las novelas, contemplando los cuadros o viendo las películas que inspiró Pompeya, de las sensaciones que tuvieron los primeros arqueólogos, viajeros y artistas que se acercaron a esta, en palabras de Blasco Ibáñez, “ciudad resucitada”.

Teodoro Crespo Mas
Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja
Universidad Carlos III de Madrid